

Entrevista

JOSÉ IGNACIO WERT; sociólogo, presidente de Inspire Consultores

“El fin de las grandes narrativas ha abierto al mercado electoral los bastiones de la izquierda”

“La solidez democrática la prueba que España resuelve sus crisis con participación electoral”

“Si hay una competencia que el Estado debería recuperar es la gestión del agua”

PEDRO VALLÍN

Madrid

Locuaz y elocuente, dos atributos de la inteligencia expansiva y didáctica, José Ignacio Wert, fundador de Demoscopia y actual presidente de Inspire Consultores, es uno de los sociólogos de referencia en España. Su análisis de la situación social española es desdramatizado y reflexivo, es grave pero moderadamente optimista. Confiesa que su afecto personal por Mariano Rajoy puede nublar su objetividad, una cautela innecesaria a la luz de su moderación en el diagnóstico y la prognosis.

¿Cuál puede ser el efecto político de la desaceleración económica sobre la clase media española?

En las pasadas elecciones se ha dado la paradoja de un cambio de papeles, curiosamente en sentido contrario a la indiscreción o el *off the record*, como lo quiera llamar, de Gabriel Elorriaga, aquello de que el PP quería desmovilizar a los votantes. Lo que hizo el PP fue precisamente ir a morder en los caladeros de voto del PSOE y fue una estrategia exitosa, o al menos, parcialmente ganadora, porque los datos demuestran que donde más creció fue en los feudos naturales del PSOE, zonas de clase media-baja, lo que en el siglo pasado habríamos llamado clase trabajadora. Si contemplamos la evolución del voto, se ve que el crecimiento del PP es inversamente proporcional a la renta. Pero estás han sido las primeras elecciones generales con un acorde de modulación plural.

¿Acorde de modulación plural?

Verá, hasta ahora en las elecciones se había dado un acorde monótono, es decir, que las tendencias de los grandes partidos a subir o a bajar eran territorialmente más o menos uniformes, mientras que el 9-M hemos visto avances y retrocesos tanto en el PP como en el PSOE. Hemos visto patrones donde el PP avanza a costa del PSOE mientras que el PSOE, para crecer, no requiere retrocesos del PP. Esto es nuevo. En Catalunya, por ejemplo, se ha desplazado hacia el PSC el grueso del voto reactivo, pero sin vaciar políticamente al PP. Se trata de un cambio sistémico, potencialmente de importancia para el futuro, y en el que además se ha puesto fin a la onda larga del crecimiento de los nacionalistas, ahora en claro retroceso.

¿Entonces, ha habido trasvase del PSOE hacia el PP?

El fin de las grandes narrativas, de los modelos holísticos como el marxismo, en las sociedades desarrolladas hace que ya no exista o se haya debilitado mucho el voto de clase. Esto abre un mercado disponible de votos en los bastiones de la izquierda.

La convivencia de esa clase media o media-baja con grandes bolsas de inmigración, ¿puede fomentar, en fase de recesión económica, una despolitización donde germinen movimientos xenófobos?

El movimiento de extrema derecha está en claro retroceso en casi toda Europa, vive un reflujó, una especie de reconciliación con el sistema del votante descontento.

Pero Sarkozy se cuidó en campaña de vender un mensaje duro evitando dejar espacio a la ultraderecha.

Sí, en ese sentido hay que decir que Rajoy se llevó críticas inmerecidas por su discurso sobre inmigración en la campaña. Una de las causas del surgimiento de movimientos de extrema derecha es que, obedeciendo al cien por cien los dictados de la corrección política, los políticos no hablan de los problemas reales, y la inmigración lo es. No es un problema para los políticos o las clases acomodadas, porque no conviven con él, pero sí para esa clase media que lo vive en el acceso a los servicios y en la convivencia diaria.

Continúe.

Eso es lo que le ha pasado a la izquierda y también a la derecha democrática tradicional, que les ha resultado muy difícil articular un discurso sensible al problema sin ser acusados de xenofobia. En la investidura, de hecho, Zapatero ya modificó su mensaje sobre inmigración y, aunque no habló de “preferencia nacional”, sí de una cierta “reserva nacional”.

¿A qué se refiere?

Mencionó el incremento de las inversiones en los servicios públicos para garantizar que ningún español se quede sin ellos por el aluvión de inmigrantes y también habló de la capitalización del desempleo o los microcréditos como medidas para incentivar el retorno a sus países de los inmigrantes que pierdan su trabajo.

¿Por qué sostiene que es bueno este giro de ambos partidos?

Socialmente es bueno que ese descontento que crea la inmigración esté canalizado desde el principio porque así vacía la base de formaciones de corte xenófobo, evita el surgimiento de partidos que no tengan tantos anclajes institucionales, como ocurrió con LePen en Francia, o Pim Fortuyn en Holanda. Un partido institucional, como el PP o el PSOE, al estar más anclado al sistema también está más sujeto a mecanismos de control.

¿Cree que van a crearse grandes bolsas de desempleo inmigrante en la construcción y los servicios?

En los servicios, no demasiado, porque en una sociedad envejecida como la nuestra la demanda de servicios personales es bastante inelástica, aunque es cierto que benefician más al empleo femenino. En la construcción, la crisis sí va a tener una traslación al empleo, masculino en este caso, por la brusquedad con que se produce el ajuste y por los límites de empleabilidad de los trabajadores inmigrantes. Y esto sí es un problemón, porque en esas circunstancias, 300.000 o 500.000 parados más a los que abonar catorce pagas se pueden comer el superávit del Estado en un año.

¿El anuncio de crisis puede haber beneficiado al PSOE, por tener el prestigio de aplicar lenitivos en las crisis mientras de los liberales se espera un ajuste duro?

Lo que se sabe sobre las variables influyentes en el llamado voto económico es que la gente es más retrospectiva que prospectiva, es decir, que reacciona más a la experiencia del pasado que a las promesas de futuro. Ocurrió en 1993, cuando la crisis era mucho más profunda y grave que la que tenemos hoy y la gente reeligió al PSOE.

Algunos sostienen que la lealtad democrática de los españoles descansa en la prosperidad que ha generado el sistema. ¿Se resentiría de un ajuste duro de la economía?

La adhesión democrática española es notablemente inelástica desde 1982; bueno, desde que en 1981 el golpe de Estado fue derrotado. Los picos y valles de participación no se relacionan con afección y desafección hacia la democracia. Fue el caso de los años de la corrupción, en la que el descrédito de los políticos no afectó al sistema, sino que incrementó la participación electoral. En España, las crisis se han resuelto siempre con mayor participación, lo que demuestra que la democracia es muy sólida.

¿La abstención no es pues descontento, como sostienen los políticos?

Según los casos, no es lo mismo la abstención en el referéndum de la Constitución Europea que la del Estatut de Catalunya. Se insiste mucho en identificar altos índices de abstención con mala salud del sistema, pero la gente demuestra que se moviliza cuando surge una crisis. Como decía Popper, lo mejor de la democracia es poder echar al que manda.

¿Y la crisis de confianza en la Justicia?

En los 30 años de democracia, la Justicia ha sido el servicio público que ha tenido menos avance absoluto y relativo. La Justicia funciona mal porque funciona mal la administración de Justicia. Es decir, no se puede culpar de los errores a la falta de recursos materiales o tecnológicos, pero los recursos son un requisito previo para que funcione bien.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí en estas condiciones?

Existen de un lado resistencias del propio sector de la Justicia, en sentido amplio (jueces, fiscales, abogados...), porque muchos obtienen beneficio de las dilaciones causadas, en buena medida, por su retraso tecnológico. Y, por otra parte, es un servicio cuyos efectos están muy diferidos en el tiempo, demasiado como para provocar una protesta social. En ese sentido, un mal funcionamiento de la Justicia no es comparable a un mal funcionamiento de la Sanidad, cuyas consecuencias son inmediatas.

La gestión del agua es un nuevo motivo de tensión territorial. Ha habido frivolidad en el tratamiento de los grandes partidos azuzando a unas comunidades frente a otras.

Sí, se trata de una de las malformaciones del Estado de las Autonomías, porque esto del agua es algo serio y se ha demostrado que es de las cosas que sirven para crear identidad, pero como en el caso del colesterol, que hay uno bueno y uno malo, esto es identidad mala, porque es difícil que no sea objeto de manipulación.

Ha habido una siembra de cizaña parecida a la de los papeles de Salamanca, con la diferencia...

...con la diferencia de que es agua, y no una discusión sobre si tenemos los papeles originales aquí o una copia, que tiene una trascendencia relativa. El asunto del agua tiene dos inconvenientes, que es muy emotivo y que nuestro conocimiento científico es muy precario. Los efectos, por ejemplo, del trasvase del Ebro en el delta son muy difíciles de evaluar, pero el asunto se ha prestado a la agitación, de modo que todas las reformas estatutarias ahora incluyen un apartado reservándose la gestión del agua, algo absurdo. Si hay un asunto en el que el Estado debería recuperar las competencias ese es la gestión hidrológica.

Las elecciones han castigado el soberanismo, claramente en el caso vasco, por ejemplo, donde las urnas parecen haber bendecido el proceso de paz, como señalaban las encuestas...

Bueno, deberíamos tener en cuenta que los resultados de estas encuestas vascas están muy afectados por una espiral de silencio. Creo que el PSE ha funcionado como voto refugio, no tanto como convalidación del proceso de paz, y que a ello ha contribuido un nacionalismo que se ha metido en un callejón sin salida, algo que ha tenido un efecto mayor en los votos que en el espacio electoral. La caída del PNV en votos ha sido del

29%, mientras en escaños ha sido del 15%. Con todo, de los 18 representantes de Euskadi en el Congreso, dos terceras partes no son nacionalistas. Esto es muy significativo.

Hay quien ya vaticina otro cisma en el PNV.

En el PNV han coexistido mucho tiempo una sensibilidad autonomista, aunque sea de un autonomismo muy ambicioso, y una sensibilidad soberanista. Ya en los años 30 del siglo pasado, esa coexistencia se quebró y, junto con las tensiones ideológicas sobre el posicionamiento más conservador o más izquierdista, se produjo la escisión de ANV. Algo tuvo que ver también esa doble alma con la salida de Garaikoetxea y la fundación de Eusko Alkartasuna. Ahora bien, yo creo que en la situación de debilidad electoral en que ha quedado el PNV tras estas elecciones, el instinto de supervivencia llevará por lo menos a lo que Ortega llamaría la “conllevarza” entre las dos almas.